Recordando a Katia Acín Monrás. 1923-2004

Conchita con Katia en el Hortal de su casa la calle de las Cortes, marzo 1924

Katia y Sol con su primo Jaime Monrás y, a la derecha, Marianito Añoto en el hortal de la casa, 1931

Un día quince de octubre, hace noventa y siete años, vino al mundo Katia, primera hija de Conchita Monrás y Ramón Acín.

Katia y su hermana Sol, nacida dos años después, tuvieron una primera infancia muy feliz. Decía Sol en un escrito que la *casa reunía todo lo que un niño con imaginación pudiera desear, y además estaba continuamente animada, sustentada y protegida por dos personas adultas, distantes y próximas, lo suficiente como para que el instinto de la libertad nos fuera naciendo dentro.*

Ese espíritu libre lo vais a comprobar en los siguientes testimonios. Uno de Katia, en una conferencia pronunciada en el CMU Raimundo de Peñafort de Barcelona, el año 2000.

Y el segundo es un texto realizado por Jaime Bruno, esposo de Ana García-Bragado Acín, escrito al fallecer su suegra en 2004 y que muestra que el tópico de la relación suegra/yerno no se cumplía en este caso.

Katia Acín

Conferencia realizada en el año 2000 en el Colegio Mayor Universitario *Raimundo de Peñafort* de Barcelona –fragmento biográfico de Katia-

Katia, hacia 1925-1926 con su padre y su tío Santos

Estoy ante vosotros respondiendo a una amable invitación de la Dirección de este colegio. No creo tener ningún mérito especial para ello, como no sea el que me encontré aquí a una edad y unas circunstancias que no son las corrientes.

Efectivamente soy lo que se dice una persona mayor. No os diré la edad pero sí que nací el año 23 y si presumo de años, como todo buen viejo hace, es porque he sido protagonista y testigo de lo que para vosotros es historia. Tuve la suerte de ser hija de un hombre bueno que dedicó todo su talento y vida a mejorar un mundo con el que no estaba de acuerdo.

Se llamaba Ramón, Ramón Acín, y después de ser condenado al olvido durante cuarenta años hoy ha sido recuperado gracias a que una parte de su obra artística sobrevivió a su alevosa destrucción.

Y es de él y de mí y de la relación que mi padre tuvo con la emblemática película de Buñuel, "Tierra sin pan" de lo que os quiero hablar un poco antes de que veamos este singular documento.

Nací en Huesca el mismo año en que se proclamaba la Dictadura del general Primo de Rivera. Yo no podía ser consciente de las circunstancias que se vivían en aquel momento, de la represión que toda dictadura lleva consigo, pero sí mi padre, Ramón Acín, profesor, artista y revolucionario. Mi padre era un intelectual comprometido con la causa de la libertad y la justicia social. Tanto su inquietud artística como sus compromisos políticos lo llevaron a relacionarse con el movimiento cultural más ambicioso de nuestra historia, movimiento al que todos conocemos con el nombre de Generación del 27.

Como revolucionario fue un destacado dirigente del Movimiento Anarquista. Digo revolucionario porque, al igual que miles de intelectuales en aquel momento, él creía que había llegado la hora de luchar por un mundo organizado en torno al amor, la solidaridad y el bien común. Para él la acción política para alcanzar estos fines debía desarrollarse a través de la educación en todos los frentes de la vida: en el trabajo, en la familia, en la calle. Consideraba necesarias las movilizaciones, tanto sindicales como políticas en las que él siempre estuvo a la cabeza. Consideraba la huelga como la mejor arma para hacer frente a la opresión del capital, pero, seguidor de las teorías revolucionarias de Proudom, no creía en el poder de las armas homicidas**,** siempre consideró que la única arma eficaz e irremplazable era la cultura. Sufrió en diversas ocasiones persecución y cárcel. Exiliado en Paris volvió en 1931 tras proclamarse la Segunda República. En las elecciones de Febrero de 1936 subió al poder la unión de las izquierdas.

Por fin en España se iban a poder llevar a cabo, democráticamente, las reformas indispensables para sacarla de su secular retraso. Llevar adelante la Reforma Agraria que ya había sido aprobada en el parlamento iba a suponer erradicar la miseria. Miseria que podremos contemplar en el documental de Buñuel. Pero la ilusión dura poco ya que a los cuatro meses una parte del ejército, apoyada por Hitler y Mussolini, da un golpe de estado con el que comienza la guerra civil. A los pocos días son arrestados y fusilados mi padre y mi madre.

Como artista de "vanguardia" para mi padre Ramón fueron fundamentales sus dos estancias en París en las que entablo relación y amistad con Juan Gris, Pablo Gargallo, Julio González y Pablo Picasso: así como con Dalí y Buñuel (....)

Por lo que respecta a mi persona, ya os he dicho que nací en Huesca y allí transcurrió mi infancia tan maravillosa como suelen ser todas las infancias y tan privilegiada corno yo no podía comprender. No fuimos al colegio, dábamos clase en el jardín, leímos libros y ni mi hermana ni yo fuimos sometidas a ningún tipo de ideología. Mi madre y mi padre nos educaron a mi hermana y a mí en los valores sociales y en los derechos humanos. Mi padre nos estimulaba la imaginación y nos abrió las puertas al mundo de la contemplación y la creación artística.

Katia y Sol. Foto Fidel Oltra, 1931

La guerra, pero sobre todo la muerte de mis padres trocó mi vida, y comprendí que no sólo se sufre por lo que se pierde, sino que también por la quiebra de tantas ilusiones que ya no se cumplirán. Así me vi abocada a hacer una carrera que no era la que yo había deseado: la carrera de Historia medieval que la hice en Zaragoza en uno de los primeros colegios mayores que en aquellos momentos se estaban poniendo en funcionamiento. Estudiar en él ya era un privilegio, lo cual no nos libraba de las penurias que se vivían en aquella terrible postguerra del 39, en la que había escasez de todo, racionamiento . Recuerdo que cuando había lentejas las teníamos que limpiar para quitar las piedras que hacían peligrar nuestras muelas. Otro plato eran unas incomibles judías rojas, pequeñas y duras, llamadas "soja". De calefacción, ni hablar. La semana de los obligados ejercicios espirituales era cuando la disfrutábamos.

La guerra había terminado, pero ahora llegaba celebrar la Victoria de los vencedores que consistió, como siempre a lo largo de la historia, en la eliminación, represión y humillación de los vencidos. Se abarrotaron las cárceles, y se habilitaron para ello cuarteles, conventos, e incluso centros de enseñanza como mi antiguo Instituto de Huesca. Los juicios sumarísimos y las condenas a muerte siguieron a un ritmo sobre el que hoy los historiadores más prestigiosos (H. Thomas, Tuñón de Lara, G. Soria) no se ponen de acuerdo - cien mil arriba, cien mil abajo-, en el número de fusilados desde que acabó la guerra hasta el año cuarenta y cuatro, año en que el régimen dio por perdida la guerra de Hitler y dejó, preventiva y cautelarmente, de fusilar. Claro que de todo esto solo se enteraban los familiares que por el mero hecho de serlo eran acosados por sospechosos y se protegían en una reserva impenetrable. De todos los sectores profesionales el magisterio fue el más reprimido. Entre los fusilados, los exiliados y los inhabilitados España se quedó sin profesionales de la educación.

Katia con su novio Federico García-Bragado, 1944.

Pero cuando uno es joven el ansia de vivir puede con todo. Así que el panorama desolador que os pinto no nos quitó ni el placer de enamorarnos ni las ganas de seguir hacia adelante.

Yo me eché un novio que resultó definitivo y con el que me casé y fui feliz… Estudiaba lo justo y me gustaba mucho jugar al pin-pon, tanto que tengo como mayor timbre de gloria el haber sido campeona de la Universidad. Una copa donada por el Gobernador Civil y que guardo en mi casa así lo acredita. Con el tiempo tuve cinco hijos que en la actualidad me han dado once nietos. La copa por su parte con el tiempo se volvió verde y en la actualidad, como dice uno de mis nietos, tiene el color de la caspa.

Quiso la naturaleza entretenernos con una epidemia llamada tifus exantemático, propagada por el famoso" piojo verde", pero también existía el "piojo normal" y fue este piojo vulgar el que se adueñó de nuestro colegio. Una auténtica pesadilla pues al no existir los actuales medios de combate costaba mucho erradicarlo. Para mí fue una verdadera obsesión que me duró años. Aún hoy día, cuando siento un 'picor en la cabeza, pienso: "Ya me ha saltado el bicho horribilis".

Terminada la carrera no salían oposiciones, pero como hacían falta docentes, los directores de Instituto, con criterio falangista, nombraban a dedo a los interinos, que con el tiempo los hicieron definitivos sin oposición o con un simulacro. Yo nunca fui nombrada.

Me casé [1946] y dediqué esos años a criar y atender a mis hijos. Cinco, ya lo he dicho. A los cuarenta años me vi prescindible en casa y preparé oposiciones a profesora agregada de instituto. Las gané y pude, por fin, empezar a trabajar.

Fui profesora y disfruté mucho ejerciendo. Mis hijos crecieron, casaron y murió mi marido. Me jubilé de catedrática en Canarias adonde me había llevado una insistente inquietud. Fue entonces cuando me dije: "Ahora ha llegado el momento de hacer Bellas Artes y retomar el camino que me obligaron a abandonar los señores de la guerra.

Vine a hacer la prueba de ingreso armada de un carboncillo, olvidando que teníamos que hacer un cuadro que acompañara a la estatua reglamentaria. Al fin con dos platos de la cafetería y unas pinturas prestadas, salí del paso creando una especie de manifestación popular que me permitió superar la prueba.

El simple hecho de matricularme ya fue otra odisea, porque me exigían el título de Bachiller, que había perdido. Presenté el de licenciada y de catedrática, inútilmente, hasta que, revolviendo en la secretaría del instituto de Huesca salió el justificante de haber pagado los derechos y con una compulsa notarial me sirvió, con la salvedad de que si algún día quería hacer el Doctorado, no valdría… !Misterios de la Administración!

También había que llevar un certificado de estudios para sacar la nota media y cuando saqué el mío de la carrera que databa de cuarenta y cinco años atrás lo miraron como si de un palimpsesto del siglo XII se tratara y recorrió todas las secciones entre manifestaciones de asombro. ¿Qué significaba la palabra “placet”?

Después llegó el problema del alojamiento. En junio, al pasar ante este colegio, lo vi tan grande y hermoso que pregunté si había plaza y me contestaron que estaba lleno. En agosto volví a preguntar. ¿Vendrá usted por mayores de 25 años?- me preguntaron. -Más bien- contesté desde mis sesenta y cinco; pero fui encarrilada hacia la subdirectora que debió asombrarse ante lo insólito de mi petición y fui admitida y aquí estoy ante vosotros. Estuve aquí cinco años, me sentí en mi casa y encontré buenas amistades. En cierta ocasión anuncié a mis hijos que llegaba con varias amigas a pasear el Pirineo y, cuando me vieron llegar, se reían.

- ¿Te das cuenta de las amigas que traes?

- Claro, de veinte años.

También me sentí muy orgullosa de los buenos informes que la conserje, una señora mayor, les dijo a mis hijas la primera vez que vinieron a verme.

- Hay que ver qué madre tienen”. Y no se lo podían creer.

También mis nietos, que ahora son grandes y están por aquí, vivían en plena confusión.

- Abuela -me decían- ¿Ésta es tu oficina?

- No, que es un colegio- Les decía yo.

- Entonces el colegio es tuyo

- No, no, estoy estudiando- les decía.

- Pues los abuelos no van al colegio a estudiar, van a pasear.

Y no se aclaraban.

Ya metida en la Facultad encontré que mis compañeros eran un calco de mis alumnos de las Palmas y tuve buen cuidado de acercarme a ellos ante el temor de un lógico y justificado rechazo, pero ellos sí se acercaron y creo que, al fin, se olvidaron de la diferencia de edad. Eran como mis nietos, pero nunca los vi como tales.
Y en cuanto a mi relación con los profesores, cuando llegas a estas alturas te miran con simpatía. La tercera edad parece estar de moda, pero también te observan para saber hasta dónde llegas, si puedes o no puedes; porque de hecho otros se habían retirado.

Jaime Bruno

Texto escrito tras el fallecimiento de Katia en diciembre de 2004

La muerte de Katia ha dejado mucho desconsuelo entre los hijos a los que yo tengo por familia. También yo la echaré en falta. Mantenía con ella una relación singular. Éramos ambos picajosos y muy amigos de jugar. Soy noctámbulo y cuando ella estaba en casa, o durante las vacaciones del verano, solía venir a mi cuarto de estudio con propuestas audaces; por ejemplo, competir por quien dibujaba mejor animales de la selva con los pies. Nos descalzábamos, echábamos dos cuadernos al suelo y agarrando sendos lapiceros entre el dedo gordo y su compañero, comenzábamos. Uno y otro, alternativamente, proponíamos el referente de una bestia particular. Tenía mal perder y, en las contadas ocasiones en que mi animal era mejor que el suyo, discutíamos, e inclusive podíamos llegar a enfadamos. Otros juegos eran interrogarnos sobre batallas y descubridores, desiertos, dominios abisales, capitales del mundo... incluso sintomatología de enfermedades, y en esto me bataneaba a placer, con manifiesta satisfacción. Katia era muy culta y tenía una memoria prodigiosa. Claro, que alguna vez que otra yo hacía trampas y me preparaba el encuentro con anterioridad. El resultado era que yo no sabía contestar, pero ella tampoco, y esto último le iba haciendo perder poco a poco el buen humor. Llegado un punto, yo le confesaba mi ruindad de ventajista y ella reaccionaba con risas y como alborozada a denunciarme ante sus hijos...

Jaime Bruno. Fotograma de una entrevista para la exposición de Katia en Huesca, 2010

Era una mujer muy dotada y encantadoramente vanidosa. A veces decía: “Yo tendría que haber sido médico” (Sus diagnósticos en la familia iban a misa.); otras, “arquitecto”, (yo la he visto corregir el plano de una casa de seis pisos ante el arquitecto que flipaba); otras veces “lo que tendría que haber sido era arqueóloga” (en ocasiones aparecía por casa con un saco lleno de piedras y tejos). Tenía momentos en que sus aspiraciones retroactivas eras más humildes: “A mí, Jaime, lo que me hubiera gustado ser es trapecista en un circo” o “campesina”. Yo la animaba diciéndole que de haber nacido en el siglo dieciséis, también ella hubiera fundado conventos. Con ojos ensimismados, asentía con la cabeza: “Sí, fundar conventos también me hubiera gustado mucho”. Esta vanidad suya no era en absoluto ofenderte, al contrario, era uno de sus encantos más apreciados por mí. Llegaba al extremo de decirme alguna vez: “Jaime, dime qué oficio o profesión no hubiera yo sabido desempeñar”. Yo sistemáticamente contestaba: “Capitán de submarino”. “No”, concedía contrariada, “Eso no podría haberlo sido, pero sí hubiera sido buena, pilotando aviones”.

Tenía ramalazos de mandoneta. Podía mandar sin necesidad y arbitrariamente. Le gustaba. Un caso: estamos comiendo en familia, yo me levanto para coger un cenicero, pero su voz de mando frustra mi regreso a la silla: “Oye, Jaime, ya que estas de pie, ve a la cocina, coge la bolsa de la basura y échala al contenedor. Todos los cuñados se ríen del infeliz que ha olvidado la regla sagrada de no levantarse jamás de la silla estando ella presente. Disimulo el odio y contesto:

- “¿Me lo pides como amiga o como suegra?”
- “Como amiga”
- “Entonces la bajaré luego”
- “Mami-, dicen todos-, que la baje ahora”
- “Pues te lo pido como suegra”
- “Bien, pero esta tarde no cuentes conmigo para jugar a la escoba, que te jueguen estos”
- “Ninguna falta me haces”

“Tocada y hundida” pensaba yo. No tiene otro hijo jugarrín. Esa tarde pasaba de mí. Al día siguiente volvíamos con la alegría de los novios, tras una ruptura. Y así eran las cosas y ya no serán.

Os ofrecemos también un vídeo realizado en homenaje a Katia que fue realizado tras su fallecimiento: “*La niña saltatapias* “ poniendo imágenes a la conferencia de Katia en el CMU Raimundo de Peñafort